

EDUQUEMOS PARA LA VIDA

Toda meditación pedagógica, si quiere ser efectiva, y de hecho todos lo pretenden, tiene que tener en cuenta la realidad. Esto, que no pasa de ser un lugar común, sin embargo adquiere importancia cuando se explicita y ensancha el concepto de realidad. La meditación no debe soslayar el aspecto histórico, el cual hace precisamente que ésta cobre validez, en cuanto que proporciona una visión abarcante, desde la cual es posible, mediante sucesivas confrontaciones, establecer un seguro punto de partida. Por esto en el transcurso del artículo nos referiremos algunas veces a conceptos históricos, lo cual no quiere decir que tengamos de la Pedagogía una concepción historicista; la Pedagogía no es sólo «ciencia del espíritu», y por lo tanto su método no es solamente el histórico, sino que es fundamentalmente ciencia del hombre, como tal, con su dimensión trascendente, y precisamente en esta dimensión se da el sentido de la Pedagogía, que de otra suerte se reduciría a mera ejercitación o adiestramiento, cuya base psicológica sería el conductismo de Watson.

Evidentemente el propósito del artículo no es presentar una pedagogía del bios diltheyano, ni mucho menos del biologismo nietzscheano, pues la vida para nosotros no es una categoría, sino una experiencia primaria. Queremos hacer pensar a muchos educadores católicos que se esfuerzan, no por educar para la vida, sino para la muerte. La paradoja que entraña esta afirmación es suficiente para hacernos reflexionar si sus posiciones, no sus propósitos, son legítimos.

La cuestión puede proponerse así: «es inútil, dada la realidad del mundo actual, que pensemos formar a nuestros alumnos como cristianos militantes, tarde o temprano se alejarán de las enseñanzas recibidas en el colegio; no nos queda sino infundirles algunos sólidos principios, para que cuando al momento de la muerte adviertan el peligro, retornen a la casa paterna.

Naturalmente creo que muy pocos pueden suscribir la cuestión así

enunciada, pero hay muchos, y la experiencia lo corrobora, que prácticamente obran de acuerdo a ella.

¿De dónde proviene esta actitud? Porque es actitud y no formulación teórica. ¿Es simplemente un natural pesimismo que nos hace ver en cualquier tiempo pasado algo mejor? ¿O es que efectivamente los tiempos que vivimos son los peores? En una concepción cíclica de la historia, éstos serían precursores de una nueva edad de oro; y en tal caso no deberíamos preocuparnos mucho o, por lo menos, nos quedaría la esperanza de algo mejor.

Dejando de lado el que los tiempos que vivimos sean peores, lo que no resiste a una somera investigación, además de ser una posición sumamente polémica y poco convincente porque a mayor peligro corresponde mayor gracia, creo que hay que buscar en razones históricas el origen de la cuestión.

No es en Platón, quien define la vida del filósofo como *praeparatio mortis*, ni mucho menos en el escatologismo cristiano de los primeros siglos, ni menos todavía en la meditación de la muerte en el otoño de la edad media, donde debemos buscar las raíces de esta posición, porque los puntos de partida son muy diversos: en los citados casos, por encima de lo que los diferencia, hay algo que los unifica, y es que la descalificación que hacen de la vida entraña al mismo tiempo una valoración, no de la muerte como tal, sino de lo que viene después de ella. Por lo tanto, no se descalifica completamente la vida, desde que ésta es una preparación para la «Vida», y por esto es fácil explicar cómo Platón puede ser un eximio estilista, cómo surge un arte paleocristiano y cómo la naturaleza es itinerario hacia Dios en San Buenaventura y San Francisco. La vida terrena es inferior a la otra, pero tiene valores, y de ellos debemos aprovecharnos para llegar a Dios; esto es lo que nos dice San Buenaventura y nos lo demuestran el Dante y la catedral. Pero en el planteamiento actual estamos en los antípodas de esta cosmovisión. En efecto, no sólo no valoramos la vida, sino que la descalificamos radicalmente; lo único que tiene importancia, es la muerte como llave de la otra vida, pero esto es precisamente el punto cuestionable del asunto. ¿Únicamente la muerte tiene importancia para alcanzar la vida? Sabemos las respuestas que nos da la teología, pero la vida se merece, y no se merece sólo con la muerte, sino con la vida.

Hay además una dualidad de términos, que han sido estudiados por el Padre Paul Henry y que se refieren a la distinción entre espíritu y materia, cuerpo y alma, vida presente y vida futura. Si bien

existen relaciones entre ellos, no son intercambiables. La vida presente no es el reino de la materia y de los cuerpos, porque en esta vida se da también la realidad de la gracia, y esto es precisamente lo que parecen haber olvidado estos pedagogos. Si la vida está radicalmente descalificada, y no tenemos sino un ser para la muerte, como dirían los existencialistas, y si prescindimos de la realidad de la gracia, no queda otro camino que proclamar la total inefectividad de la educación. Por lo tanto, en el terreno práctico, insistiremos más en el rezo de las tres avemarías que en conseguir una auténtica devoción; con el agravante de no distinguir, en el fondo de nuestra conciencia, cuándo nuestros alumnos llevan el escapulario por preservativo —algo así como fetiche—, de cuándo lo llevan por una necesidad religiosa; cuándo hacen una obra cumpliendo un valor, o simplemente un acto de carácter mágico, esperando un beneficio. De esta suerte, nos abocamos a un trabajo nada eficaz, desde que ponemos nuestro único empeño en conseguir que los jóvenes tomen la religión como un seguro contra riesgos.

Nunca hubieran pensado los jansenistas —hasta ellos habrá que hacer remontar la posición— que la desconfianza en la gracia y el proclamar el ser paradójico del hombre, como decía Pascal, habría de llevar a tales fronteras; pero, naturalmente, no habiendo en el hombre sino miseria y pecado, lo único que debemos hacer es buscar la manera de que la muerte lo redima. De aquí a considerar la muerte como definitiva, no hay más que un paso.

¿Realmente la muerte define? La muerte como fin es decisiva y decisoria, pero es decisiva no en relación a sí misma sino a la vida. Decide la vida, no se decide a sí misma. Pero, para que la muerte defina, es necesario considerarla como un término. Aquí se plantea el problema, aquí se deslindan las dos posiciones; porque la muerte no es sólo un terminar, sino un término, es decir, que tiene la característica que Santo Tomás daba a la causa final: la de ser el principio en el orden del tender. Ahora bien, en la posición que venimos examinando, la muerte no tiene ninguno de estos caracteres, es simplemente definición de sí misma, coincidió en el instante con un acto de contrición y produjo un resultado favorable.

La muerte no se define a sí misma, define a la vida, sólo tiene sentido la vida en la perspectiva de la muerte; porque la vida es así, la muerte establece, con un fallo definitivo que abarca plenamente el quehacer temporal, la condenabilidad o salvación (hablamos me-

ramente en el ámbito de lo temporal; la condensación y la salvación eternas sólo las juzga el Señor) de toda temporalidad individual.

Tal vez si nos quedáramos sólo en el aspecto decisivo de la muerte, sería posible, si no justificar, por lo menos explicar la posición que criticamos; pero, si observamos el segundo carácter, su decisividad (perdonen el neologismo, por otra parte necesario) no podemos menos de elegir una educación para la vida. ¿En vista de qué la muerte es decisoria? ¿Por qué es definitiva? Porque esta vida es un camino para la otra que es morada sin penar, porque toda vida humana ha sido profetizada o ha tenido su cumplimiento en el Exodo, por eso todo esfuerzo verdaderamente cristiano para comprender la vida, debe partir de esta perspectiva en la que se ilumine todo nuestro devenir. El éxodo termina en una entrada triunfal y los cuarenta años de sufrimiento preparan el disfrute de la tierra donde mana la leche y la miel.

Y porque hay sentido en la vida, porque «todo es gracia», como decía Bernanos, que sabía bien de estas cosas, porque para nuestro siglo xx la utopía es «cómo ser santo sin que Dios exista» o «cómo vivir sin la gracia» (Camus), debemos rescatar la vida, debemos iluminar el mundo que puede ser iluminado y salvado; evidentemente no hablamos del mundo mentalidad, sino del mundo que tiene «valor sacramental» y que nos da noticia del Amado. Esta vida y este mundo tiene significación en el orden de la redención, y nosotros debemos integrarlos en el ámbito de lo sobrenatural para que la redención se cumpla.

Noé ZEVALLOS, F.S.C.
Arequipa (Perú)